

CAPÍTULO XIX

La Sociedad de los Padres Maristas consigue la aprobación de la Santa Sede. Labor del Padre Champagnat en favor de dicha obra

Por esta época, Dios otorgó al Padre Champagnat el mayor consuelo que podía anhelar, a saber: la autorización pontificia de la Sociedad de los Padres Maristas. Pero, para comprender con exactitud lo que vamos a decir sobre este tema, hemos de retroceder un poco en el tiempo.

Después del lamentable incidente del señor Courveille, el señor Terrailon, que no se encontraba a gusto en el Hermitage y tenía sus temores sobre el futuro de la obra de los Hermanos, pidió retirarse; y, a pesar de los esfuerzos del Padre Champagnat por retenerlo, se marchó por la fiesta de Todos los Santos del año 1826. El abandono del señor Terrailon dejó al piadoso Fundador en una situación comprometida. Este abandono, junto con el señor Courveille, provocó los comentarios de la gente, que hizo toda suerte de conjeturas para explicar la salida de los dos sacerdotes. Por otra parte, al quedarse solo, el buen Padre no podía abarcar la dirección de los Hermanos y el gobierno del Instituto¹. Pero, aún más que esto, le apenaba el hecho de que esta circunstancia² comprometía seriamente la pervivencia de la obra de los Padres Maristas en la diócesis de Lyon.

Poniendo en Dios toda su confianza, trabajó sin descanso para superar las pérdidas que acababa de sufrir. Después de haberlo pensado detenidamente y haber orado mucho, se decidió a escribir al señor arzobispo para suplicarle que le enviara alguien que pudiese ayudarlo en la administración de los asuntos de la congregación. Al mismo tiempo fue a ver al señor Gardette³, rector del seminario mayor, para informarle de su situación y pedirle que mediase ante el señor arzobispo para que atendiera a su petición.

También se dirigió al señor Barou, Vicario general, para que interviniese en favor suyo. Lo hizo en estos términos⁴:

“Señor Vicario general: Me dirijo a usted con entera confianza para informarle de mis problemas y exponerle la difícil situación en que me encuentro. Como ya sabrá, me hallo solo, lo que está dando mucho que pensar incluso a quienes aprecian nuestra obra y nos ayudan generosamente. La gente, que habla casi siempre sin conocimiento de causa, me considera culpable de la salida de los señores Courveille y Terrailon. Todo esto lógicamente me duele, pero no me desanima, pues ya lo temía y aún espero pruebas mayores. ¡Bendito sea el santo nombre de Dios! Sigo con la firme convicción de que Dios desea esta obra; pero tal vez, ¡ay!, quiere servirse de otras personas para llevarla a cabo. El desagradable incidente de quien parecía ser su jefe, es quizá el mayor esfuerzo que el infierno haya podido urdir para dar al traste con una obra de la que temía mucho daño. ¡El solo recuerdo de aquella triste historia me causa escalofrío!

En resumidas cuentas, señor Vicario general, ésta es mi situación: tenemos actualmente dieciséis escuelas, que sería absolutamente necesario visitar como mínimo cada tres o cuatro meses, para ver si todo marcha bien, si se cumple la Regla, si los Hermanos actúan conforme al espíritu de su estado, si no tienen relaciones peligrosas con el mundo, si ofrecen a los niños sólida instrucción religiosa y los forman en la piedad. Esas visitas son también indispensables para ponerse de acuerdo con los señores alcaldes respecto a la administración de los recursos de las casas y el cobro de las cuotas escolares. Tenemos más de dos mil niños en nuestras aulas; creo que esto debe tenerse en cuenta. Al llegar las vacaciones, nos reuniremos aquí más de ochenta personas. La contabilidad de la casa, la correspondencia, el suministro ordinario, las deudas que habrá que saldar, en fin, la atención temporal y espiritual de la casa, todo recae sobre mí. Piense si yo solo puedo dar abasto a todo.

Como acabo de exponerle, señor Vicario general, ésta es mi situación. Confío en que me eche una mano enviándome alguien que aprecie la obra de los Hermanos y no exija, a cambio, más que alimentación y vestido. El señor Séon⁵ nos vendría muy bien, porque está encariñado con nuestra comunidad, tiene cualidades y puede hacerlo bien.

Termino encomendándome a sus oraciones, pues cada vez me convenzo más de la verdad de la Escritura: *Nisi Dominus aedificaverit domum, in vanum laboraverunt qui aedificant eam.*"⁶

Después de haber interesado en el caso a estas dos personalidades, que gozaban de tanta influencia ante el señor arzobispo, se dirigió también al venerable prelado con una carta en la que destacan sentimientos de profunda humildad y confianza en Dios.

He aquí uno de los párrafos⁷: "Monseñor, el escaso éxito que hasta ahora hemos tenido en lo que a los Padres se refiere, sería motivo suficiente para que no me atreviera a presentarme ante Su Excelencia para expresarle mi pena. Pero la bondad paternal con que siempre nos ha acogido desde su llegada a la diócesis, me anima a rogarle, en los nombres de Jesús y María, que no abandone una obra a la que ha protegido y honrado con su benevolencia. Estoy más convencido que nunca de que Dios quiere esta obra: la prueba está en los esfuerzos que hace Satanás para destruirla. Pero ¡ay!, todo me induce a pensar que necesitaríamos de otras personas para mantenerla. Sea lo que fuere, pongo mi confianza en Jesús y María. De los sacerdotes ya sólo quedo yo. Esto me duele, pero no me desanima, pues quien me ayuda se llama DIOS FUERTE⁸. Sin duda, el señor Barou y el señor rector del seminario mayor le habrán puesto al corriente de mi situación; confío en que, conmovido por ella, no me abandonará Su Excelencia."

El Padre Champagnat, en su carta al señor Barou, menciona al señor Séon⁹, porque habiendo tenido ocasión de tratar a este clérigo, que era profesor del colegio de Saint-Chamond, lo había visto inclinado a entrar en el Instituto para dedicarse al servicio de los Hermanos. Temiendo que en la curia le pusieran dificultades para desprenderse de ese presbítero, a quien por su celo y preparación consideraba tan idóneo para cubrir la ausencia de los otros dos, fue a entrevistarse con el señor Barou, para exponerle su parecer sobre el señor Séon y los propósitos de éste al pedir su ingreso en el Hermitage.

"Señor Vicario general –le dijo–, no me cabe la menor duda de que Dios quiere la congregación de los Hermanos: la prueba más convincente es lo que por ella ha hecho la divina Providencia. Pero también estoy persuadido de que quiere la Sociedad de los Padres. El lamentable incidente del señor Courveille y el desaliento del señor Terraillon, lejos de disminuirla, han hecho más firme mi convicción. Sin embargo, en esto, como en todo lo demás, sólo busco la voluntad de Dios. Por eso le expongo mi parecer y mis sentimientos, y estoy dispuesto a acatar lo que usted disponga. Si opina que Dios desea la Sociedad de Sacerdotes, deje que el señor Séon venga con nosotros. Si, al contrario, cree que esta obra no es conforme con los designios de Dios, dígamelo abiertamente y no volveré a ocuparme de ella."

El señor Barou, que lo escuchaba con suma atención y bondad, le respondió:

– Se trata de algo muy serio; pidamos a Dios que nos dé a conocer su voluntad.

Se pusieron ambos de rodillas y oraron con gran fervor durante unos instantes. Al levantarse, el señor Barou dijo al Padre Champagnat: "Le daremos al señor Séon. Hoy mismo lo comentaré con Su Excelencia."

Veinticinco años después, recordando el hecho, decía el señor Barou: "Mientras oraba con la mayor atención, me sentí movido a decir al señor Champagnat: Prosiga con la obra de los sacerdotes; creo que Dios la quiere. ¡Cuántas veces, al ver las grandes bendiciones de Dios sobre esa Sociedad y el bien que realiza, me felicito por haberle dado ese consejo!"

El señor Séon, sacerdote piadoso, entregado, lleno de celo apostólico y de gran coradura, no tuvo mayor dificultad en identificarse con el espíritu del Padre Champagnat. Se entendió muy bien con él y le prestó los mejores servicios en la dirección de los Hermanos y en la gestión de las temporalidades del Instituto.

Poco tiempo después¹⁰ siguieron su ejemplo y se agregaron también al Instituto los señores Bourdin, Pompallier y Chanut. El señor Bourdin, que era aún diácono cuando llegó al Hermitage, tuvo que superar grandes obstáculos para mantenerse fiel a su vocación. Al ser ordenado de sacerdote, le ofrecieron cargos relevantes, que rechazó generosamente; prefirió la pobreza y la vida humilde y escondida de los Hermanos del Hermitage¹¹ a todas las ventajas materiales que le ofrecían fuera. Así se constituyó el reducido grupo de sacerdotes que unos años después, con el formado en torno al reverendo Padre Colin, superior del seminario menor de Belley¹², sirvió para constituir la congregación de los Padres Maristas.

Cada uno por su lado, el Padre Colin y el Padre Champagnat trabajaban de común acuerdo en atraer miembros para dicha obra. Hubieran preferido un centro de unión y un modo de vida común. Pero en 1823, al erigirse el obispado¹³ de Belley en diócesis independiente, tuvieron que obrar con prudencia para conseguir el consentimiento de ambas administraciones, sin cuyo beneplácito nada querían emprender.

Ya habían intentado crear un centro de unión antes de 1830. Y el Padre Champagnat, creyéndolo indispensable para dar solidez a la obra y atraerle candidatos, propuso al Padre Colin crearlo secretamente, es decir, sin dar parte a la autoridad superior. Pero el Padre Colin no compartía la idea y le dijo¹⁴: “Nunca hemos dado un paso por la Sociedad en secreto y a espaldas de nuestros superiores eclesiásticos, así que no debemos obrar ahora de modo distinto. Vayamos hacia la meta por el camino recto. Nuestra obra en ningún otro lugar encuentra tantas dificultades como en Lyon. Dios quiere probarla así, pero no nos desalentaremos por eso. Debería usted enviar una solicitud a sus superiores diocesanos; si quiere, yo mismo le indicaré los términos más convenientes.”

El Padre Champagnat dirigió, pues, nuevas y apremiantes súplicas a la curia diocesana para conseguir libertad de movimientos para unirse con sus compañeros, dirigirse por sí mismos y elegir un superior. Con ese motivo, hizo varios viajes a Lyon y escribió muchas cartas al señor arzobispo y a los Vicarios generales. Al repasar su correspondencia¹⁵, podríamos pensar que el celo por la gloria de Dios y su entrega a la Sociedad de Padres Maristas lo llevó demasiado lejos, si no supiéramos que las expresiones que utiliza provienen de su carácter franco y de la confianza total que tenía en sus superiores, para quien no tenía secretos. En una de sus cartas, habla así al señor Cattet, Vicario general:

“El interés que hasta ahora ha manifestado por nuestro Instituto me anima una vez más a rogarle que favorezca aún más su desarrollo. Si las sociedades que fomentan el mal se pueden constituir con entera libertad, ¿por qué las que tienen como objetivo la gloria de Dios encuentran dificultades insuperables?

Llevo quince años como miembro de la Sociedad de María, sin haber vacilado un solo instante en que Dios quiere esta obra. Y, sin embargo, no podemos considerar la congregación de los Hermanos como Sociedad de María, pues es tan sólo una rama nacida más tarde de esa misma Sociedad. El núcleo esencial¹⁶ es el de los sacerdotes o, al menos, es lo que siempre hemos creído. Pues bien: demuéstreme que esta obra no es de Dios o ayúdela a triunfar. Me permito recordarle la promesa que me hizo de concedernos todos los candidatos que desearan formar parte de nuestra comunidad y nos convinieran. Ahora mismo hay unos cuantos con los requisitos que exige nuestra forma de vida y que nos prestarían magníficos servicios. Si nos los cede, nos colmaría de alegría y bendeciríamos por ello la Señor.”

El señor Cattet dio a conocer esta carta al señor arzobispo; le recordó el estado floreciente de la congregación de los Hermanos y el ardiente deseo que tenían de consolidar y desarrollar la de los sacerdotes. El venerable prelado prometió conceder los sacerdotes que tuvieran aptitudes e inclinación por dicha obra. También consintió que los Padres del Hermitage se pusieran de acuerdo con los de Belley para la elección de un superior¹⁷. Y, finalmente, delegó en el señor Cholleton¹⁸, para que se ocupara de los asuntos relativos al Instituto en sustitución del señor Cattet. Aunque sólo agradecimiento merece la abnegación que el señor Cattet había mostrado con la Sociedad, fue, sin embargo, una suerte que pasara a manos del señor Cholleton¹⁹, quien conocía la obra desde sus orígenes y se sentía dispuesto no sólo a servirla, sino también a entregarse a ella y ser uno de sus miembros. Por eso, desde que él se hizo cargo, desaparecieron las graves dificultades y la obra avanzó sin obstáculos hacia su constitución definitiva.

Los acontecimientos de 1830, que coinciden con lo anteriormente expuesto, hicieron más urgente la creación de un centro de unión, tan largamente anhelado, que en ambas diócesis se preparaba con el mismo entusiasmo, abnegación y generosidad.

Los Padres que se hallaban en el Hermitage se reunieron en Belley con sus compañeros, y, tras varios días de retiro, eligieron como superior al Padre Colin. Esta elección fue motivo de gran consuelo para el Padre Champagnat²⁰. Llevaba varios años preparando este acontecimiento, y había trabajado en ello con tanto ardor y celo que con frecuencia el Padre Colin, que lo deseaba tanto como él, pero que era más reposado, le había aconsejado que se moderase²¹ y dejara actuar a la Provincia. Pero el carácter fogoso del Padre Champagnat, su celo por la gloria de Dios y su interés por la Sociedad de los Padres no le permitían descansar. Tanto más, cuanto que trabajar sin tregua y con todas sus fuerzas por esta obra era para él un cargo de conciencia, pues había prometido a Dios dedicar a dicha empresa esfuerzos, salud y, si fuera necesario, la vida misma.

* * *

Mientras se afanaba por conseguir del arzobispado los sacerdotes que deseaban unirse al Instituto y el permiso para ponerse de acuerdo y juntarse a los Padres de Belley con el fin de establecer el centro de unión, de que acabamos de hablar, un Hermano le hizo observar que se tomaba excesivo empeño en este asunto, que Dios no le pedía tanto, que el Instituto de los Hermanos era suficiente para su celo y que parecía que la divina Providencia lo había preparado exclusivamente para esto.

El Padre Champagnat le respondió:

- Querido amigo, sólo Dios sabe lo que quiero a los Hermanos, y él es testigo de que estoy dispuesto a derramar mi sangre y dar mi vida por ellos. Sin embargo, la obra de los Padres me parece tan superior²² a la de los Hermanos, y me he entregado de tal modo a ella que daría cuanto tengo -trabajos, fuerzas, la vida misma-, si fuera necesario, para consolidarla. Desconozco aún los designios de Dios sobre la Sociedad de los Padres. Sin embargo, estoy tan profundamente convencido de que la divina bondad la desea, que por mas dificultades que se presenten y suceda lo que suceda estoy resuelto a trabajar con todas mis fuerzas y hasta mi ultimo suspiro hasta verla triunfar.

- ¿Sabe, Padre -replicó el Hermano-, que si los Hermanos conocieran su predilección por los Padres iban a sentirse celosos?

- Pues no tendrían razón para estarlo -contestó el Padre-. Los auténticos Hermanos, cuantos aman de veras a Jesús y María, en una palabra, los que poseen el espíritu de su estado, estarán de acuerdo con conmigo y compartirán mis sentimientos. Además, Dios quiere a los Padres y a los Hermanos, ha de bendecir a unos y otros, y los bendecirá tanto más cuanto más se quieran, más unidos se sientan y más dispuestos estén a servirse mutuamente. Por mi parte, pertenezco totalmente a unos y a otros. Desde que

Dios me ha otorgado la gracia de entregarme a la Sociedad de María, tengo un solo deseo: verla constituida y desarrollada en todas sus ramas. En el pasado todos mis esfuerzos estuvieron encaminados a conseguir el éxito pleno de esta obra, y, si Dios quiere, en ello seguiré empeñado hasta la muerte.

La elección de un superior y la creación de un centro de unión, como entonces se decía -dado que tal superior no podía considerarse estrictamente hablando como superior canónico, ya que los Padres, tanto los de Belley como los de Lyon, seguían bajo la dependencia del Ordinario-, era un punto trascendental para el éxito de la obra, que desde entonces hizo rápidos progresos. Aunque el Padre Colin sólo ejercía autoridad de dirección y consejo sobre los miembros de la asociación, no por eso fue menor ni menos importante su influjo. Desde entonces, el porvenir de la Sociedad fue esperanzador; su perfecta organización fue sólo cuestión de tiempo cuya duración era fácil de calcular.

Los Padres de la diócesis de Belley se ocupaban unos en la enseñanza en el seminario menor de esa ciudad y otros en dar misiones en la zona rural. Los que se hallaban en el Hermitage también se ocupaban de la predicación en las parroquias de los alrededores e incluso en misiones, pues no tenían ocupación suficiente con la dirección de los Hermanos.

Como el tipo de vida de los Hermanos y su Regla no convenía a los sacerdotes, cuyo fin y ministerio eran diversos, el Padre Champagnat entendió que había que separarlos y constituirlos en comunidad aparte. Con este fin ofreció la casa y propiedad de La Grange-Payre²³, cerca de Saint-Chamond. El proyecto ya había sido aprobado por el señor arzobispo y por el Padre Colin, y estaba a punto de llevarse a efecto, cuando una oferta del señor Rouchon, párroco de Valbenoîte²⁴, se lo hizo abandonar. Este venerable sacerdote, que había adquirido el antiguo convento de benedictinos con la huerta y dependencias anejas, lo ofreció a la Sociedad, si los Padres querían habitarlo y ayudarlo en el servicio de la parroquia. El señor arzobispo trasladó a los coadjutores, y los Padres se instalaron en la casa y se convirtieron en auxiliares del párroco²⁵. El Padre Séon fue nombrado Superior de la comunidad de Valbenoîte. Los Padres Bourdin y Chanut se trasladaron a Belley para enseñar literatura, y fueron sustituidos en el Hermitage por los Padres Servant y Forest, y éstos, a su vez, por los Padres Matricon y Besson, que prestaron inestimables servicios a los Hermanos²⁶.

El reverendo Padre Colin, por su parte, se afanaba en conseguir la aprobación de la Sociedad por la Santa Sede. Provisto de cartas²⁷ de recomendación del arzobispo de Lyon y de los señores obispos de Belley y Grenoble, viajó a Roma en 1833 para solicitar este favor²⁸. El objetivo, el historial y las constituciones fundamentales del Instituto fueron presentadas a la Congregación de Obispos y Regulares, la cual, después de largo y maduro examen²⁹, lo aprobó todo. Pocos días más tarde³⁰, es decir, el 11 de marzo de 1836, nuestro santísimo Padre el papa, Gregorio XVI, concedió el breve de aprobación de la Sociedad de los Sacerdotes Maristas, y les confió las misiones de Polinesia.

Fue indescriptible la alegría y el gozo que sintió el Padre Champagnat al recibir la noticia. Mandó dar humildes acciones de gracias a Dios por este insigne favor y escribió al reverendo Padre Colin para pedirle que le permitiera emitir los votos religiosos.

El Padre Colin le contestó³¹: “Ya sabe que el breve de aprobación de la Sociedad nos autoriza a elegir un Superior General. Hasta el momento, no me considero como tal y deseo obrar en consecuencia. Quiero seguir siendo el centro de unión, pero me cuidaré mucho de recibir votos. Eso no quita para que sus disposiciones me edifiquen sobremanera; ojalá todos los demás miembros pensaran y obraran como usted. Confío en que con el tiempo Dios les concederá esa gracia.”

Como se ve, la modestia del reverendo Padre Colin no le permitía considerarse superior³², aunque todos sus hermanos reconocían su autoridad por su condición de fundador y por la libre elección que habían hecho de su persona. Por lo demás, había llegado

el momento de normalizar esta situación. Conforme al breve que les permitía la elección canónica de un Superior General, los Padres se reunieron en Belley para proceder a esa elección³³. Tuvo lugar al final de un retiro. La mayoría de los votos recayeron en el Padre Colin, que no tuvo más remedio que aceptar y reconocer en la decisión de sus hermanos la voluntad de Dios. El Padre Champagnat fue elegido asistente³⁴. Incluso hubo algunos Padres que habían pensado nombrarlo Superior General; pero comprendieron que el gobierno de los Hermanos le tenía demasiado ocupado como para poder hacerse cargo al mismo tiempo de la rama de los Padres, sobre todo al principio, cuando todo estaba por hacer en la organización de ambos sectores de la obra.

En aquel mismo retiro, los principales Padres se vincularon al Instituto con los votos religiosos. El Padre Champagnat, que había sido uno de los primeros en solicitarlo, destacó entre todos por el fervor y la satisfacción con que los pronunció³⁵.

De este modo, con la autorización de la Santa Sede, la elección de un superior y la emisión de votos de los primeros miembros quedó definitivamente constituida la Sociedad. Antes de dispersarse, los Padres resolvieron lo relativo a la misión de Polinesia³⁶, y determinaron que la casa principal del Instituto estuviera en Lyon³⁷.

Cuando todo hubo acabado, el Padre Champagnat regresó al Hermitage para preparar el retiro de los Hermanos. En tales ocasiones siempre se encargaba él de dar las charlas sobre la Regla y las obligaciones de los Hermanos. Aunque es cierto que sus instrucciones siempre habían sido interesantes, este año fueron aún más conmovedoras, enjundiosas y patéticas que de costumbre. Las conferencias sobre la felicidad de la vida religiosa, los votos y el celo por la instrucción cristiana de los niños fueron maravillosas, y la impresión que dejaron en los Hermanos fue tan profunda que nunca se ha borrado.

Como hemos dicho, Roma, al aprobar la Sociedad, le había encomendado la misión de Polinesia. El Padre Pompallier, nombrado jefe de dicha misión y consagrado obispo³⁸ al mismo tiempo, proyectó su partida para finales de 1836. Le asignaron como ayudantes³⁹ a cuatro Padres y tres Hermanos, que compartirían con él trabajos y sacrificios. El Padre Champagnat, que había dedicado toda su vida a la salvación de las almas, sintió santa envidia de tan hermosa vocación. Pidió al reverendo Padre Colin la gracia de formar parte de la expedición que embarcaba rumbo a Oceanía, para consagrar sus últimos días y las pocas fuerzas que le quedaban a la instrucción y santificación de los infieles. El reverendo Padre Colin, edificado en extremo de tanto celo y abnegación, le respondió⁴⁰:

“Usted está haciendo más bien en Francia que el que podría hacer en Oceanía. Su misión no es ir personalmente a evangelizar aquellos pueblos, sino prepararles apóstoles llenos de celo y espíritu de sacrificio.”

Por obediencia no quiso insistir el buen Padre, y su humildad llegó incluso a hacerle creer que era indigno de ese favor; pero, aunque resignado, no pudo dejar de traslucir el deseo que llevaba en su interior.

Algo más tarde, conversando, con el señor Douillet, rector del seminario menor de La Côte-Saint-André, al recaer la conversación en las misiones de Oceanía, exclamó: “¡Ay, si tuviera menos edad y más fuerzas, con qué gusto iría a recoger aquella mies! Pero como estoy achacoso, no piensan en mí porque ya no sirvo para nada.”

Al referir esta anécdota, dice el señor Douillet: “Me convencí de que le consumía el deseo de trabajar por la salvación de las almas y alcanzar la palma del martirio!”

Si no consiguió dedicar sus últimos días a la salvación de los pueblos de Oceanía, se resarcó preparando excelentes Hermanos catequistas para dicha misión. Durante el poco tiempo que vivió aún, envió unos doce⁴¹. Y, además, no perdió ocasión de rogar por el éxito de aquella obra e infundir en los Hermanos las virtudes necesarias a un buen catequista.

“Queridos Hermanos –les decía en una conferencia sobre este tema–, tenemos que dar incesantes gracias a Dios por habernos elegido para llevar la luz del Evangelio a aquellos paganos; esta gracia va a constituir una fuente de bendiciones para el Instituto. Si somos fieles a los designios de Dios sobre nosotros, nos concederá al mismo tiempo lo que necesitamos para cumplir esta ardua tarea, es decir, celo, espíritu de sacrificio, virtud y santidad, que son los únicos medios eficaces para lograr la salvación de los hombres. Sí; no creo equivocarme al afirmar –y sólo pensar en ello es para mí motivo de inmensa alegría y consuelo– que un día llegaremos a tener mártires en el Instituto: Padres y Hermanos que van a ser inmolados por aquellos mismos pueblos a los que van a instruir, que darán su vida por Cristo⁴². ¡Ah, qué dicha morir por una causa tan santa y hermosa! Pero, insisto, tenemos que ser fieles a Dios para merecer esta gracia. Seamos conscientes de que la Providencia, al encomendar al Instituto la misión de Oceanía, nos ha hecho responsables de la salvación de todos esos paganos que duermen en sombras de muerte⁴³. Y no penséis que eso es sólo incumbencia de quienes han tenido la suerte de ser designados a ir a aquellas lejanas islas; es misión de todos los miembros del Instituto. Si no nos ha sido concedido consagrarles nuestros desvelos, fuerzas y salud, no por ello estamos menos obligados a colaborar con nuestra oración, buen ejemplo y toda clase de virtudes. Considérese, pues, cada cual responsable de la salvación de aquellos pueblos, y pídasela continuamente a Dios en sus oraciones. Si somos buenos religiosos, si cumplimos puntualmente nuestra Regla, si ponemos empeño en adquirir las virtudes de nuestro santo estado, si nos mantenemos muy unidos a Nuestro Señor, si le decimos a menudo, pero con gran fervor y confianza: santificado sea tu Nombre⁴⁴, nos concederá la salvación de muchos paganos.

Es posible que el día del juicio encontremos algunos de los Hermanos más piadosos y virtuosos y que ahora nos parecen sólo buenos para sí, que contribuyeron más a la conversión⁴⁵ de los infieles y ganaron más almas para Dios que los mismos que han sido elegidos expresamente por Dios para esa misión. En resumen, termino diciendo:

1.º, que una de las principales intenciones que hemos de tener en nuestros ejercicios de piedad es la conversión de los pecadores y la salvación de los pueblos que nos ha encomendado la Santa Sede;

2.º, que hemos de trabajar sin tregua para adquirir las virtudes propias de un buen catequista, y que pueden conseguirnos la gracia de ser elegidos para una vocación tan sublime.”

Tres de los misioneros que formaron parte de las primeras expediciones habían sido formados por el Padre Champagnat: eran los señores Pompallier⁴⁶, Servant y Forest⁴⁷. Al buen Padre le cupo el consuelo de ver cómo todos los compañeros, que con tanto esfuerzo logró reunir y conservar a lo largo de diez años, se consagraban a Dios y se vinculaban al Instituto con los votos religiosos. Estos sacerdotes, incluido él mismo, eran diez, a saber, los señores⁴⁸: Séon, Bourdin, Pompallier, Chanut, Servant, Forest, Matricón, Besson y Terrailon. Este último, poco después de dejar el Hermitage, fue nombrado párroco de Nuestra Señora de Saint-Chamond⁴⁹. El Padre Champagnat, buen conocedor de su talento y sus excepcionales virtudes, no escatimó esfuerzos para incorporarlo al Instituto.

Al llegar la autorización de Roma, le dijo: “Ahora ya no tiene la disculpa de dudar del futuro y del éxito de la obra. Dios la quiere, puesto que la Iglesia la aprueba.” Luego, entre bromas y veras, añadió: “Dios le ha dado vocación para esta obra; tiene que responder a esa llamada, si no quiere verse expuesto a algo desagradable. Si entra en la Sociedad y profesa en ella, respondo de su salvación; pero si es infiel a su primera llamada, ándese con cuidado.”

A su regreso de Belley, después de la profesión, le decía el señor Terrailón:

– Ya sabe que hice los votos; ahora no olvide que le corresponde a usted cumplir la promesa de responder de mi salvación.

- Responder de su salvación es harina de otro costal, replicó el Padre Champagnat: no basta con hacer los votos, lo esencial es observarlos. Se salvará, pues, si los observa. Sólo con esa condición me responsabilizo de su salvación.

Unos instantes después, como el coche iba muy despacio, uno de los padres empezó a decir:

- ¡Mal coche, malos caballos, mal cochera! ¡No vamos a llegar nunca!

El cochera, al oírlo, se volvió y dijo con gracia:

- ¡Y malos curas!

Ante semejante salida, todos los Padres se echaron a reír mirando al padre Terrailon, pues de todos, sólo él, en rigor, era cura (párroco).

- Eso de “malos” va sólo por usted, le dijo el Padre Champagnat, pues aquí no hay más curas que usted. Mientras siga al frente de su parroquia, no confíe demasiado en su salvación. Por eso le recomiendo que la deje cuanto antes.

Efectivamente, la dejó sin dificultad unos meses⁵⁰ después.

El Padre Terrailon, que siempre había sido sacerdote piadoso y pastor lleno de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, fue, como religioso, modelo de regularidad, humildad, sencillez y obediencia.



¹ LPC 1, doc. 4, pág. 34.

² OME, doc. 160 (11), pág. 381; LPC 1, doc. 7, 39 y LPC 1, doc. 11, pág. 45.

³ LPC 1, doc. 3 pág. 32.

⁴ LPC 1, doc. 7, pág. 39.

⁵ Sr. Séon, LPC 2, pág. 469 y ss.

⁶ Sal 126, 1.

⁷ En relación con el borrador (LPC 1, doc. 7, pág. 39) hay bastantes diferencias en la expresión y en la importancia dada a los detalles, sin que por ello varíe sustancialmente el sentido.

⁸ Dt 7, 9; Sal 7, 12; 24, 8; 71, 7.

⁹ El señor Séon de Tarentaise y realizó los estudios en el colegio de Saint-Chamond (cfr. LPC 2, pág. 469).

¹⁰ El señor Esteban Séon llega a l'Hermitage el 30 de mayo de 1825 (OM I, documento 175, pág. 438); el señor Bourdin, en el mes de diciembre siguiente (OM 1, documento 185 (4), pág. 453); el señor Pompallier, en septiembre de 1829 (OM 1, doc. 196 (3), pág. 472); el señor Chanut, probablemente en el transcurso del año 1831 (OM 1, doc. 238 (3), pg. 531)

¹¹ Carta de 1829, transcrita en CSG I, pág. 150.

¹² En él tuvieron su primer capítulo los veinte Padres el año 1836. El número de los grupos de las diócesis de Belley y Lyon era aproximadamente el mismo (cfr. OM 1, doc. 403 (2), pág. 922).

¹³ Desde el Concordato de 1802 hasta 1823 en que se constituye en diócesis, el departamento del Ain, donde se encuentra Belley, formaba parte de la diócesis de Lyon.

¹⁴ El 13 de febrero de 1830 (cfr. OME, doc. 77, págs. 165-166). El Hermano Juan Bautista modifica ligeramente el texto.

¹⁵ Algunas de estas cartas no se conservan.

¹⁶ El texto que aquí ofrece el Hermano Juan Bautista se aparta notablemente del borrador conservado en nuestros Archivos (LPC 1, doc. 11, pág. 45). Por ejemplo, la frase “la parte esencial es la de los sacerdotes, al menos es lo que siempre hemos pensado”, no aparece en el documento original.

¹⁷ El hecho no está confirmado en absoluto por los documentos contemporáneos, que, al contrario, parecen manifestar que las autoridades de Lyon quieren conservar la autonomía del grupo del Hermitage al elegir como superior al Padre Champagnat. Véase OM 2, pág. 803, nota 2. Y también OME, doc. 89 (3), pág. 188 y doc. 90, pág. 190.

¹⁸ En febrero de 1833 (cfr. OM 1, doc. 146, pág. 383).

¹⁹ El 1.º de marzo de 1833, carta de Juan Claudio Colin al señor Champagnat: “Tenemos que dar muchas gracias al Señor por habernos dado al señor Cholleton para dirigir los asuntos de la Sociedad. Es un regalo admirable de la Providencia” (OME, doc. 115 (3), pág. 239).

- ²⁰ El Padre Champagnat había sido elegido rector provincial del grupo de Padres de Lyon el 8 de diciembre de 1830 (OME, doc. 88, pág. 181). Este nombramiento había sido ratificado por el señor arzobispo administrador (OME, documento 90, págs. 190-191 y doc. 101, pág. 212 y doc. 102, pág. 214).
- ²¹ El 10 de septiembre de 1830, el P. Juan Claudio Colin escribe al P. Champagnat para transmitirle sus dudas acerca del lugar y la fecha de la reunión para la elección de un Superior central (OME, doc. 84(2), pág. 175).
- ²² Es una reconstrucción de la conversación.
- ²³ El Hermano Juan Bautista simplifica el desarrollo de los acontecimientos:
Los Padres van a Valbenoîte a fines de 1831 (Carta del 7 de noviembre de 1831, en OME, doc. 100 (1), pág. 211). El 15 de mayo de 1833, la señorita Fournas lega al señor Champagnat su propiedad de La Grange-Payre por testamento (OM 1, doc. 321, pág. 720). El 8 de septiembre de 1824, el P. Champagnat, viendo que la situación de los Padres en Valbenoîte era poco conforme con su estado, propone al señor Cholleton ofrecerles la propiedad de La Grange-Payre (LPC 1, documento 45, págs. 120-124). El 13 de octubre de 1835, el señor Rouchon, párroco de Valbenoîte, constituye una Sociedad Universal con los Padres Maristas (OME, doc. 136, págs. 286-292).
- ²⁴ Respecto a la presencia de los Padres en Valbenoîte (OME, doc. 107 (1), página 225 y doc. 160 (23 y 24), págs. 387-388). El señor Rouchon (LPC 2, págs. 455-458); Valbenoîte (LPC 2, págs. 634-637).
- ²⁵ Carta del 13 de noviembre de 1832, OME, doc. 107, pág. 225.
- ²⁶ Padre Matricon, LPC 2, pág. 375. Padre Besson, LPC 2, pág. 91.
- ²⁷ Carta del 23 de junio de 1833, OME, doc. 116, pág. 239.
- ²⁸ En realidad, según escribe al P. Champagnat el 27 de febrero de 1834: "...el motivo de (mi) viaje era únicamente para consultar sobre nuestra solicitud" (OME, doc. 127, pág. 267).
- ²⁹ Este examen duró más de dos años: Carta del 4 de septiembre de 1834, OME, doc. 129 (4), pág. 271. Carta del 13 de noviembre de 1835, OME, doc. 139 (4 y 5), págs. 301-302. Carta del 29 de diciembre de 1835, OME, doc. 140(3), pág. 305. Carta del 28 de enero de 1836, OME, doc. 142, pág. 310 y doc. 143, pág. 312 y doc. 144, pág. 315.
- ³⁰ Carta del 11 de abril de 1836, OME, doc. 145 (1), pág. 317.
- ³¹ Carta del 24 de junio de 1836 OME, doc. 147 (1), pág. 328. Fragmento reproducido con ligeros retoques de estilo.
- ³² Carta del 19 de enero de 1836, OME, doc. 141 (2), pág. 308 en la cual el Padre Colin propone al señor Cholleton como Superior de la sociedad.
- ³³ OM 1, doc. 402(17) y 403(19).
- ³⁴ El 24 de septiembre de 1836 tan sólo se eligió un asistente (OM 1, doc. 402 (21)). En la primera votación resultó elegido el P. Colin; pero, a petición de su hermano, se procedió a una segunda ronda (OM 2, doc. 684(3 y 4), en la que salió el nombre del Padre Terrailon (OM 1, doc. 416(4) y APM, reg. 1, pág. 8). El P. Champagnat fue nombrado asistente al mismo tiempo que los PP. Maîtrepierre y Pedro Colin, en el retiro de 1839 (APM, reg. 1, pág. 12 y OM 2, doc. 757, página 807, nota 1).
- ³⁵ El 24 de septiembre de 1836 (OME, doc. 151, pág. 338).
- ³⁶ El Hermano Juan Bautista se equivoca. Las disposiciones relativas a la misión de Polinesia fueron concretadas mucho antes de la reunión de septiembre, y el proceso verbal de esta última (OM 1, doc. 403) ni las menciona.
- ³⁷ Acerca de esta decisión trascendental, véase los documentos señalados en OM 4, pág. 594, sección 366.03.
- ³⁸ Véase OM 1, doc. 378 (2); 383 y 390.
- ³⁹ El 24 de diciembre de 1836 acompañaron a Mons. Pompallier los padres Servant, Bataillon, Bret y Chanel; y los hermanos Marie-Nizier, Miguel y José Javier (*Chronologie* de 1976, pág. 71).
- ⁴⁰ No conservamos ninguna carta de este tipo. Debe tratarse de una respuesta oral (OM 2, pág. 808, nota).
- ⁴¹ En realidad, 9 Hermanos salieron en vida del Padre Champagnat: el 24 de diciembre de 1836: HH. Miguel Colomban, Marie-Nizier Delorme, José Javier Luzy; el 9 de septiembre de 1838: HH. María Agustín Drevet, Florentino Françon, Elías Régis Marin; el 15 de junio de 1839: HH. Atalo Grimaud; el 12 de febrero de 1840: HH. Claudio María Bertrand, Ammon Duperron (CSG I, pág. 468).
- ⁴² La predicción no tardó en realizarse. El Padre Chanel fue martirizado en 1841 y declarado santo en 1954. Otros Padres y Hermanos vertieron también su sangre por la fe: "Queridísimos Hermanos —escribe el Hermano Francisco el 1.º de agosto de 1848—, al comunicaros la necrología de los Hermanos fallecidos este año... tengo la satisfacción de resaltar que entre ellos tenemos un mártir: el Hermano Jacinto. Había ido en 1845 con Mons. Épalle y fue inmolado el año pasado por los salvajes de la isla de San Cristóbal con dos Padres de la Sociedad. Podéis ver detalles de su martirio en los Anales de la Propagación de la Fe y lo sublime y envidiable de su muerte" (CSG I, pág. 137)
- ⁴³ Lc 1, 79.
- ⁴⁴ Mt 6, 9; Lc 11, 2.
- ⁴⁵ Esta intención se halla explícitamente indicada en el extracto de la Regla de los Hermanos incluida por el Padre Colin en el Summarium de 1833 (Ant. Textus, I, pág. 81, n.º 100).
- ⁴⁶ Mons. Popallier había recibido una formación marista, pero al ser nombrado vicario apostólico antes del Capítulo de 1836, no tenía por qué emitir los votos en la Sociedad. Sin embargo, firmó una adhesión espiritual a la Sociedad de María (OM 1, doc. 404, pág. 930). Respecto al Padre Servant (OM 4, pág. 353).

⁴⁷ El señor Forest salió para las misiones en el año 1841 (OM 4, pág. 282).

⁴⁸ Véase el proceso verbal del retiro general de los Sacerdotes Maristas para la elección de Juan Claudio Colin, Superior General, y para la emisión de los primeros votos (OM 1, doc. 403, págs. 920-929).

⁴⁹ El 9 de abril de 1828.

⁵⁰ Presentó su dimisión el 20 de noviembre de 1839 (OM 4, pág. 356).

CAPÍTULO XX

Nuevas fundaciones.

El Padre Champagnat reanuda los trámites para conseguir la autorización legal del Instituto. La salud del buen Padre se deteriora sensiblemente, por lo que decide que se elija un sucesor

Dios seguía bendiciendo de modo particular el noviciado de los Hermanos; las vocaciones eran cada vez más numerosas y cada año se hacían nuevas fundaciones¹. De este modo se fundaron, en 1835, la Providencia Denuzière², en Lyon; Saint-Didier-sur-Rochefort, en el Loira; Semur-en-Brionnais, en Saona y Loira; y Saint-Didier-Sur-Chalonne, en el Ain. En 1837, Firminy y Perreux, en el Loira; Anse, en el Ródano, y Thoissey³, en el Ain.

Al aumentar notablemente los miembros del Instituto, el Padre Champagnat se vio obligado a ampliar la casa⁴ para poder albergar adecuadamente a los Hermanos durante las vacaciones.

Como también la capilla se había quedado demasiado reducida, construyó otra más amplia y un pabellón más. Monseñor Pompallier bendijo esta capilla en el retiro de 1836⁵.

Como siempre, los trabajos se realizaron, en parte, con la colaboración de los Hermanos. El Padre Champagnat, aunque abrumado por las tareas administrativas, se hallaba al frente de los obreros e incluso trabajaba buena parte del día. Cuando estuvo terminada esta parte del edificio, el conjunto del convento formó un rectángulo perfecto. Presintiendo próximo su fin, exclamó: “Es mi última construcción.” No se equivocaba.

Como desde hacía algún tiempo el gobierno se mostraba menos hostil a las escuelas religiosas y, por otra parte, se hacía sentir, cada vez más, la necesidad del reconocimiento legal, el Padre Champagnat se decidió a reanudar las gestiones que había llevado a cabo en 1829 y 1831, para conseguir ese objetivo⁶. Con esta finalidad, emprendió viaje a París en el mes de agosto⁷ de 1836. Tenía la impresión de que el señor Sauzet⁸, diputado por Lyon, que era ministro de Instrucción Pública, atendería favorablemente a su solicitud. Pero cuando llegó a la capital, había nuevo ministro y tuvo que regresar al Hermitage sin presentar siquiera la instancia.

En 1838, provisto de cartas de recomendación del arzobispo de Lyon, y de los obispos de Belley y de Grenoble, volvió a París para conseguir el objetivo propuesto⁹. Por entonces era ministro de Instrucción Pública el señor de Salvandy¹⁰.

En principio pareció acoger benévolamente la petición del Padre Champagnat, y mientras por una parte le decía que los trámites serían bastante largos¹¹, por otra le daba a entender que el éxito estaba asegurado¹². Al expresarse de esta manera, el señor de Salvandy no se mostraba tan sincero como el señor Guizot¹³. Éste, en 1834, había dicho sin tapujos al Padre Champagnat: “En estas circunstancias, es inútil que haga instancias para conseguir la autorización; es imposible concedérsela.”

El señor de Salvandy nunca tuvo voluntad de apoyar la solicitud del Padre Champagnat, como se supo más tarde. Pero, en vez de decirlo con franqueza, prefirió agotar la paciencia del piadoso Fundador, ponerle mil trabas, enredarlo en un laberinto de formalismos arbitrarios imposibles de cumplimentar, e imponerle condiciones inaceptables, que habrían supuesto la ruina de la congregación¹⁴.

La primera medida que tomó para no dar curso a la solicitud, fue dejarla dormir entre los expedientes ministeriales, sin ocuparse lo más mínimo de ella. El Padre se dio cuenta en seguida y escribía el 23 de enero¹⁵: “Parece que las cosas van a ir despacio. No importa; estamos dispuestos a no ceder en nuestro empeño hasta obtener lo que

deseamos. El ministro nos dijo que nuestra solicitud sería presentada al Consejo de Estado y que allí estaría por espacio de tres semanas. Aunque se necesiten tres meses, estamos dispuestos a llegar hasta el final. Me ocupo del asunto de¹⁶ la mañana a la noche. ¡Cuántos trámites¹⁷, cuántas caminatas, cuántas visitas! No os podéis dar idea. Hace mes y medio que llegué y no he hecho otra cosa que ir y venir de acá para allá.

Llevo dos días, gastando en coches, para conseguir audiencia con el ministro sin conseguirlo. Unas veces se halla en Consejo, otras, ausente. ¡Dios mío, qué jaleo, cuántos gastos! Como supondréis, el coche hay que pagarlo hasta el último minuto!”

Cuando el ministro no encontró disculpa razonable para no recibir al Padre Champagnat, le concedió audiencia y, para justificarse de la lentitud que había dado al asunto, adujo el pretexto de que faltaban algunos papeles.

Cuando al cabo de unos días llegaron esos papeles, ya no se trataba de presentar la instancia al Consejo de Estado, sino al de Instrucción Pública¹⁸. Con toda seguridad, el ministro no quiso siquiera mencionar antes dicho Consejo para no dar oportunidad al buen Padre de entrevistarse con sus miembros y predisponerlos en su favor, como había hecho con los del consejo de Estado. Por eso se quedó extrañadísimo cuando oyó hablar del Consejo de Instrucción Pública o de la Universidad.

“Acabo de llegar del Ministerio, escribía, donde me dijeron que el viernes, 2 de marzo, mi solicitud pasará al Consejo de la Universidad. En estos momentos estoy averiguando qué Consejo es ése del que nunca he oído hablar. Me han repetido que mi asunto estará resuelto dentro de tres semanas. Les contesté: ¡Ojalá lo esté dentro de un mes!”¹⁹

Al cabo de un mes, el asunto seguía estancado, por lo que el piadoso Fundador escribía: “No puedo deciros cómo están las cosas. La única dificultad sería es la insoportable espera en las oficinas.” Y añadía unos días después: “Nuestro asunto se halla todavía en el mismo punto y ya no sé cómo arreglármelas para hacerlo avanzar más de prisa. Pese a las trabas y a las continuas caminatas, mi salud resiste. Por otra parte, me encuentro bien, lo único que me preocupa y que es suficiente para estropearlo todo, es la lentitud desesperante con que van las cosas. ¿Qué vamos a hacer con los que van a entrar en quintas?²⁰ ¡Dios sea en todo bendito!”

Con razón le preocupaba el servicio militar, pues ese año había cuatro Hermanos afectados por la ley de incorporación a filas. No los había mandado a Saint-Paul-Trois-Châteaux²¹ para eximirlos, porque daba por descontada la autorización. Pero como ésta no acababa de llegar, los cuatro Hermanos corrían el riesgo de verse obligados a dejar su estado para hacer el servicio militar si les tocaba en el sorteo.

Finalmente, después de muchas demoras y aplazamientos, la solicitud llegó al Consejo de la Universidad. El buen Padre había hecho tantas visitas y comprometido a tantas personas para que influyesen ante los miembros del Consejo en su favor, que el parecer de la mayoría fue favorable a la instancia de autorización. El dictamen era el punto clave, de modo que en cuanto se supo que el Consejo Real de Instrucción Pública lo había aprobado, se creyó definitivamente resuelto el asunto. Los funcionarios del Ministerio, los diputados y muchas otras personalidades aseguraron al Padre Champagnat que su solicitud ya no se encontraría dificultades y que, de un momento a otro, el ministro presentaría al rey el decreto de reconocimiento.

El señor Lachèze²², diputado por el Loira, que con algunos sus colegas había puesto gran empeño en conseguir del gobierno la autorización legal de los Hermanos, decía después del dictamen favorable del Consejo de la Universidad: “Apostaría diez contra uno a que esto saldrá adelante.”²³

Efectivamente, la autorización sólo dependía del ministro, que, con un poco de buena voluntad, la hubiera podido otorgar; pero nunca la tuvo, como luego se supo.

En 1849, siendo ministro el señor Falloux, se reanudaron los trámites y se presentó nuevamente la instancia al Consejo de la Universidad. Pues bien, su dictamen fue contrario al emitido en 1838, lo que hizo exclamar a uno de los jefes del Ministerio: “En 1838 no prosperó su petición porque el ministro no quiso; esta vez el ministro les es favorable, pero el Consejo no. Así que no conseguirán nada.”²⁴

Pese a las esperanzas que por doquier le hacían concebir, el Padre Champagnat no las tenía todas consigo. “Aunque me digan, escribía, que el decreto no va a encontrar ya dificultad alguna, que puedo marcharme, ya que la autorización llegará al día siguiente, no me fío del todo. Más que nunca sigo diciendo: *Nisi Dominus aedificaverit domum*²⁵. Estoy totalmente convencido de que sucederá lo que Dios quiera. Si este reconocimiento va a ser contrario a la salvación de las almas, que lo aleje de nosotros. Sin embargo, no escatimo ningún trámite para llevar a buen término este asunto, porque sé que en esas circunstancias la divina Providencia quiere que nos sirvamos de los hombres. Oremos, oremos, insisto; necesitamos oraciones para que en todo busquemos y hagamos sólo la voluntad²⁶ de Dios.”

El señor de Salvandy, contrariado al ver que la autorización de los Hermanos no encontraba ya en París mayores dificultades, trató de buscárselas en provincias. Dijo al Padre Champagnat que antes de redactar el decreto, quería saber la opinión de los prefectos de los departamentos de Ródano²⁷ y de Loira. Al oír esto, el Padre, sin desalentarse, salió de París y se vino a solicitar el parecer de ambos magistrados. Al cabo de dos meses llegaban ambos documentos al Ministerio y, gracias a las diligencias del Padre Champagnat y a lo mucho que se había movido, los informes eran favorables. Pero no por eso el asunto avanzó más rápidamente.

Vencido en este terreno, el ministro inventó otra dificultad peregrina. Fingiendo hipócritamente interés y benevolencia para con Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, pretextó que los Hermanitos de María podrían lesionar los derechos de aquéllos, sobre todo si se les permitía establecerse en las ciudades. Por eso no accedería a dicha autorización, a no ser que aceptasen fundar escuelas únicamente en municipios que no excediesen las mil ochocientas almas²⁸; y que, en todo caso, para cerciorarse de que el nuevo Instituto no iba a perjudicar a los Hermanos del señor de La Salle, quería saber el parecer del Superior General de dicha congregación.

Reducir el Instituto a un círculo tan estrecho, limitarlo a pequeñas poblaciones, que normalmente carecen de recursos, era no sólo ir en contra de su fin, sino también, bajo el pretexto de asegurar su existencia, arruinarlo y asfixiarlo.

El Padre Champagnat no tuvo dificultad en comprenderlo así. Por eso manifestó claramente al señor ministro que a ese precio no aceptaría nunca la autorización²⁹. “Es verdad, añadió, que nuestro Instituto trata de proporcionar educación primaria a los niños de pequeños municipios y que la mayor parte de nuestras escuelas se establecerán en ese tipo de poblaciones; sin embargo, para centralizar nuestras fundaciones, para conseguir recursos, hemos de poder fundar en Ayuntamientos más importantes. Por lo que se refiere a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, creo que la razón carece de todo fundamento, ya que no alcanzan a ocupar ni una décima parte de los municipios del reino, y sólo pueden fundar escuelas gratuitas.”

A pesar de estas aclaraciones, tan sensatas como reales, el ministro³⁰ insistió en conocer el parecer del Superior de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El Padre Champagnat solicitó personalmente ese informe y, contra lo que esperaba, fue más bien en la línea del ministro³¹.

Pero el señor de Salvandy, que sabía perfectamente que ambas congregaciones, lejos de estorbarse, no daban abasto para proporcionar maestros religiosos a las numerosas poblaciones³² que lo solicitaban, había inventado una dificultad de otro género. Sabiendo, con razón, que el piadoso Fundador estimaba los estatutos de su congregación y no iba a renunciar a ellos, le dijo:

- Si aceptara los estatutos de una Sociedad ya aprobada, creo que sería mucho más fácil concederle la autorización.

- Nuestros estatutos -replicó el Padre Champagnat- no tienen por qué ser un obstáculo al reconocimiento, ya que están aprobados por el Consejo Real de Instrucción Pública.

El ministro, que ignoraba esto, no supo qué responder y, al verse acorralado, salió con que no se podía continuar sin haber consultado antes a los Consejos Generales de los departamentos de Loira y Ródano. Era como decir que no quería conceder nada, pues los miembros de dichos Consejos estaban sometidos a su influencia y tenían que opinar según sus deseos. Sin embargo, la opinión del Consejo general de Loira fue partidario de la autorización, mientras que el del Ródano fue contrario³³. Era suficiente para echar a pique la solicitud.

Así pues, el Padre Champagnat decidió marcharse de París, con gran pesar suyo, sin haber resuelto nada. Antes de salir, escribía³⁴: “Naturalmente querréis conocer cómo están nuestros trámites. ¡Ay! Nada sé, o mejor, sé demasiado, quiero decir que lo que sospechaba se ha convertido ahora en certeza total: no quieren concedernos nada. Estoy muy afligido, pero no desalentado. Sigo teniendo confianza ilimitada en Jesús y María, seguro de que tarde o temprano conseguiremos el reconocimiento; sólo desconozco el momento. Por lo demás, lo realmente importante es hacer lo que Dios quiere, es decir, lo que podamos, y luego quedarnos tranquilos y dejar actuar a la Providencia. Dios conoce mejor que nosotros lo que nos conviene y nos es provechoso. Estoy convencido de que una pequeña demora no nos va a perjudicar.”

En el lecho de muerte decía a los Hermanos que lo rodeaban: “Dios no ha querido otorgarme el consuelo de ver reconocido el Instituto, porque no era digno de esa gracia; pero tened seguridad de que la tendréis cuando os sea absolutamente necesaria.”

No podemos por menos de considerar sus palabras como profecía, pues todo sucedió puntualmente como había dicho.

La negativa a la autorización, lejos de haber perjudicado al Instituto, fue, por el contrario, un auténtico beneficio. Si hubiera sido concedida entonces, no habría sido completa y absoluta, como veremos que lo fue más tarde. Y respecto al tiempo en que se alcanzó, fue en el momento preciso en que el Instituto no podía prescindir de ella a consecuencia de la ley de enseñanza de 1850³⁵.

* * *

Para concluir este asunto, sólo nos queda añadir unas palabras sobre el género de vida que el Padre Champagnat llevó en París. Durante su estancia en la capital³⁶, se alojó en el seminario de Misiones Extranjeras, donde se encontró muy a gusto, según su propia expresión, por la regularidad y el buen espíritu que reinaban en esta santa casa. “Me siento en extremo edificado -escribía a un Hermano- por los ejemplos que veo y por la abnegación generosa de los que se preparan para las misiones extranjeras. ¡Qué amable caridad reina entre ellos! Están alegres, pero sin ligereza ni disipación. Sólo les preocupa lo que retrasa su partida, pero no se desalientan.”³⁷

Si es verdad que el buen Padre se hallaba edificado por la piedad y los ejemplos que recibía de los piadosos sacerdotes con los que vivía, no lo estaban menos éstos de la conducta ejemplar de aquél. En efecto, fue para los clérigos de la casa modelo de regularidad, piedad, humildad, modestia, caridad y mortificación.

Seguía fielmente el reglamento del seminario, en cuanto se lo permitían las salidas que tenía que hacer. Se levantaba siempre con la comunidad, asistía a la meditación, lectura espiritual, rosario y demás ejercicios piadosos.

Al cabo de seis meses de estancia en París, los monumentos y curiosidades de la gran ciudad le eran tan desconocidos como el primer día. Decía en una carta: “A menudo

vienen a invitarme a ver esta o aquella curiosidad de la capital. No puedo aceptar, pues nada me satisface, en nada encuentro gusto si no es en lo que pueda contribuir al éxito de mi viaje; no pido más, aparte de que se cumpla la voluntad de Dios.”³⁸

Sus visitas se limitaron a las realizadas a los ministros y demás personalidades que tenía que ver. No visitó nada más, excepto algunas iglesias adonde lo llevaba su piedad, como la de Nuestra Señora de las Victorias³⁹ y la de Nuestra Señora de la Buena Esperanza⁴⁰, en la que había orado san Francisco de Sales.

Estaba totalmente absorto en procurar la gloria de Dios y el interés de su Instituto. Cuando disponía de tiempo libre, acudía a la escuela de sordomudos⁴¹ para formarse en el método de enseñanza, y poder luego transmitírselo a los Hermanos. Cuando hablaba de su intención de ir a dicha escuela, decía: “Iré siempre que pueda, pues es fundamental que no pierda el tiempo en París, sino que lo emplee en beneficio de estos pobres niños desamparados por la naturaleza, que no por ello son menos queridos de Jesucristo ni ha dejado de derramar por ellos su sangre.”⁴²

En el seminario de Misiones Extranjeras, el piadoso Fundador era considerado como un santo. El señor Dubois⁴³, rector de aquella casa, hombre lleno de méritos y virtudes, decía más tarde a un hermano: “Vuestro Padre Champagnat es el hombre más virtuoso que conozco. ¡Cuántos pasos para conseguir el reconocimiento del Instituto! No lo ha conseguido, pero no por eso es menor su mérito. Nunca he visto humildad, mortificación y resignación a la voluntad de Dios como las suyas. Tanto les fascinaba y edificaba su piedad que nuestros seminaristas se disputaban la dicha de poder ayudarlo a misa.”

Desde París, el Padre Champagnat se dirigió a Saint-Pol-en-Artois⁴⁴, con el fin de tramitar con las autoridades de aquella ciudad la fundación de una escuela. Dicha fundación le había sido recomendada por el ministro de Instrucción Pública⁴⁵, precisamente cuando trataba de autorizar el Instituto reduciéndolo exclusivamente a los pueblos pequeños. El Padre Champagnat accedió a su petición⁴⁶ sin hacerse de rogar, para ponerlo en contradicción consigo mismo. Y accedió con tanto mayor gusto cuanto que con ello pretendía demostrarle que los Hermanos de María, lejos de perjudicar a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, sólo trataban de sustituirlos allí donde ellos no podían acudir. Efectivamente, las autoridades de Saint-Pol habían acudido primero a estos Hermanos, pero les habían respondido que era tan grande el número de solicitudes, que, al menos en diez años, no podrían complacerlos. Aquella escuela fue abierta unos meses más tarde⁴⁷, como también la de Roches-de-Condrieu, en el Isère, y la de Yzieux⁴⁸, en el Loira.

El padre Champagnat nunca se había repuesto totalmente de la enfermedad que había padecido en 1825. Durante varios años sufrió un persistente dolor de costado que se intensificaba cuando se ocupaba en trabajos pesados o tenía que caminar largo rato. A todo esto se le añadió una debilidad de estómago que pronto degeneró en gastritis, perfectamente definida. Dicha gastritis seguramente fue consecuencia de las privaciones diarias y de los prolongados ayunos del buen Padre. Ya hemos indicado que en los muchos viajes que se veía obligado a realizar, con frecuencia pasaba días enteros sin tomar casi nada. Por otra parte, su espíritu de penitencia y mortificación lo llevaban a elegir los alimentos más ordinarios y lo peor que hubiese en la mesa. Este régimen de vida agravó rápidamente su gastritis hasta hacerla crónica, por lo que se perdió toda esperanza de curación.

Anteriormente a su estancia en París, padecía frecuentes vómitos, y no toleraba determinados alimentos; es más, cualquier alimento le producía bascas y su estómago se hallaba siempre lleno de flemas blanquecinas que expulsaba por expectoración y vómitos casi permanentes.

Las fatigosas caminatas por París y los desengaños de todo tipo que allí tuvo que soportar, terminaron por minar su organismo y agotar las pocas fuerzas que le quedaban, de modo que a su regreso no era difícil adivinar que no llegaría muy lejos.

El Padre Colin, el primero en darse cuenta y preocuparse por la enfermedad del Fundador, pensó que, para tranquilidad de los Hermanos, y en previsión de cualquier incidente, habría que pensar en sustituirlo eligiendo a un Hermano como sucesor.

En efecto, desde hacía tiempo, la profunda sabiduría, el juicio certero y la gran experiencia del Padre Colin le hacían intuir las dificultades insuperables de someter a Padres y hermanos a la misma Regla, y a un gobierno y superior únicos. Ante todo, porque el fin, la formación y misión eran distintas y exigían reglamentos y modo de vida diferentes; y, además, porque la administración y dirección de cada rama eran más que suficientes para ocupar a un hombre.

Tampoco se le escapaba que para gobernar debidamente a los hermanos eran indispensable poseer su espíritu, lograr su aprecio y simpatía, tener experiencia de las escuelas, conocer a los miembros y las Reglas de su Instituto. Y todo esto entendía que no se podía dar en quien no hubiera sido formado con los Hermanos y vivido con ellos experimentando su estilo de vida, por muy excepcionales que fuesen su virtud y talento.

Así pues, aun aceptando que ambas ramas debían fomentar lazos de unión para ayudarse mutuamente, apoyarse y conservar los rasgos de similitud y sentimientos de familia propios de su origen común, creía que era indispensable por el bien de todos, que cada una tuviera sus Reglas, gobierno y superior propios. Con el tiempo, la decisión de los superiores eclesiásticos ratifico plenamente este criterio.

Pero el Padre Champagnat, que había trabajado toda su vida con la idea de una Sociedad única, que consideraba, con razón, esa unidad como garantía de conservación del espíritu religioso entre los Hermanos, no admitía fácilmente la opinión del Padre Colin. Y aunque accedió a sus deseos respecto a la elección del Hermano que iba a sucederlo, mantuvo hasta su muerte, como veremos en su Testamento Espiritual, la esperanza de que los hermanos seguirían más o menos bajo la dependencia del Superior General de los Padres Maristas.

El Padre Colin, que, por su situación, se hallaba en condiciones de sentir y ver mejor los inconvenientes de la unión de ambas Sociedades, no dejaba pasar ocasión para hacerle ver los peligros que esto suponía para unos y otros. Y, para que comprendiera mejor que no debía contar con los Padres para dirigir a los hermanos, le escribía: "Temo, ¡ay!, el vacío que va a dejar si el Señor lo llama, pero este temor me sugiere una idea: poner la rama de los Hermanos en manos del señor arzobispo de Lyon. Creo que podría ser ventajoso para ellos. Comuniquen a los principales Hermanos esta idea, y pidan todos para que Dios los ilumine en este asunto trascendental."⁴⁹

El Padre Champagnat jamás pensó en fundar una obra diocesana; por el contrario, había repetido en toda circunstancia que quería que su congregación se extendiese por todas las diócesis⁵⁰. Por eso no necesitó reflexionar demasiado para rechazar la propuesta. Quería que los Hermanos tuviesen por Superior al General de los Maristas; pero si eso no era posible, aceptaba que fuera un Hermano⁵¹ quien los gobernara.

Sin embargo, el reverendo Padre Colin, al ver cómo las fuerzas del Padre Champagnat iban disminuyendo día a día, se presentó, por propia iniciativa, al señor arzobispo y le dio a conocer la situación en que se hallaba el buen Padre, suplicándole que le otorgase los poderes necesarios para proceder a la elección de un Hermano que lo sucediera. El prelado le encargó que procediera él mismo a dicha elección. Así que se trasladó al Hermitage coincidiendo con el retiro anual. Y, después de haber convencido al Padre Champagnat de la urgencia de tal medida para bien de la comunidad y para su propia tranquilidad, se fijó la elección para la clausura del retiro.

La víspera de la elección, el Padre Colin reunió a todos los Hermanos, profesos y no profesos, en la sala de conferencias; y, después de unas palabras de circunstancia, les propuso el orden de la ceremonia⁵². Luego, de acuerdo con el Padre Champagnat y los Hermanos profesos, determinó lo que sigue:

“1. El superior que iban a elegir habría de ser Hermano profeso, pues solos los profesos tendrían voz activa y pasiva en las votaciones.

2. El elegido no podría alegar ninguna excusa, y debería someterse a la voluntad de Dios, manifestada por el voto de sus Hermanos.

3. Cada elector debía nombrar, en escrutinio secreto, los tres Hermanos que, ante Dios, le parecieran los más idóneos para ocupar el cargo de Superior General.

4. De los tres Hermanos que obtuvieren mayor número de votos, uno sería proclamado Superior General de los Hermanos por el Superior General de los Padres Maristas, asistido por un Consejo, y los otros dos serían, por derecho, sus Asistentes y Consejeros.

5. El Hermano Superior General sería nombrado de por vida⁵³; pero podría ser depuesto en los casos previstos por las constituciones.

6. Cualquiera que resultare convicto de haber solicitado sufragios directa o indirectamente, por sí mismo o por medio de otros, o de haber intrigado de cualquier modo, quedaría privado ipso facto de voz activa pasiva.”

Por fin, se recomendó a los Hermanos que, con fervientes oraciones, implorasen las luces del Espíritu Santo y la protección de María para conocer la voluntad de Dios en una elección de tanta trascendencia y que despojases de toda consideración humana, espíritu propio y ambición o intriga.

La ceremonia se inició con el canto del *Veni Creator* y la celebración de una misa del Espíritu Santo rezada, a la que asistió toda la comunidad. Concluida la misa, el Padre Colin dirigió a los Hermanos una breve pero patética alocución para animarlos, una vez más, a hacer una buena elección, y terminó con esta oración de los apóstoles: *Señor, tú que conoces el corazón de todos los hombres, muéstranos al que has elegido.* (Hch, 1, 24)

Después de estas palabras, los Hermanos profesos, en número de noventa y dos, volvieron a la sala capitular, donde, tras media hora de meditación, cada cual escribió en una papeleta el nombre de los tres Hermanos que consideraba más aptos para gobernar el Instituto. Cuando todos hubieron terminado, el Padre Champagnat recogió las papeletas en una urna, y, a continuación, los escrutadores procedieron al escrutinio. El resultado dio ochenta y siete votos al Hermano Francisco, setenta al Hermano Luis María, y cincuenta y siete al Hermano Juan Bautista. El reverendo Padre Colin tomó los tres nombres, se retiró y, después de una breve deliberación, en consejo con el Padre Champagnat y los demás Padres, volvió a la sala capitular y, en presencia de toda la comunidad, proclamó al Hermano Francisco Superior⁵⁴ General de los Hermanos y al Hermano Luis María y Juan Bautista, Asistentes.

Concluido el acto, todos los Hermanos se apresuraron a reconocer como superior al reverendo Hermano Francisco y a ofrecerle sus respetos y sumisión. La ceremonia terminó con el canto del *Magnificat* y una misa de acción de gracias, en la que todos los Hermanos recibieron la sagrada comunión.

Tuvo lugar la elección el 12 de octubre de 1839. Fue oportunísima, y hemos de considerarla como efecto de la protección de Dios sobre el Instituto, pues unos meses más tarde, el piadoso Fundador, ya maduro para el cielo, se dormía en el Señor.



¹ Respecto a estas casas, véase RLF, págs. 131-134.

² Léase: Denuzière, orfanato, LPC 2, págs. 588-589.

³ Thoisse, LPC 2, págs. 632-633.

⁴ Completa el cuadrilátero del Hermitage, tal como se encuentra en la actualidad.

⁵ Descripción de la capilla por el Hermano Francisco (AA, págs. 185-188).

- ⁶ Sólo a partir de 1834 se ocupa del asunto, hasta entonces llevado más bien por el arzobispo (OME, doc. 33, pág. 101).
- ⁷ El 24 o 25 de agosto de 1836, salida del P. Champagnat con Mons. Pompallier y el Padre Chanut hacia París. El 4 de septiembre, el P. Champagnat entrega al señor Germán Delebecque, jefe de sección en el Ministerio de Instrucción Pública, los documentos relativos a la solicitud de autorización legal (cfr. RLF, pág. 153).
- ⁸ El señor Sauzet no era por entonces ministro de Instrucción Pública, sino de Justicia y Cultos (del 22 de febrero al 6 de septiembre de 1836). Él fue quien presentó los documentos al ministro (cfr. RLF, págs. 141, 144 y 153).
- ⁹ El 15 de enero de 1838, acompañado por el Hermano Marie-Jubin (LPC 1, doc. 169, pág. 334).
- ¹⁰ LPC 2, págs. 462-466.
- ¹¹ Respecto a esta época, véase LPC 1, págs. 333-340. Las cartas al Hermano Francisco y el diario del P. Champagnat, en las páginas 335, 338, 349, 354, 361 y 369.
- ¹² Respecto a la intervención del señor de Salvandy, véase RLF págs. 147-148 y 163 y ss.
- ¹³ LPC 2, págs. 269-272.
- ¹⁴ LPC 1, doc. 195, llamada 3, pág. 395.
- ¹⁵ AFM, 111.31.
- ¹⁶ LPC 1, doc. 174, pág. 351.
- ¹⁷ Véase el diario llevado por el P. Chanut y el P. Champagnat, RLF, pág. 138 y ss.
- ¹⁸ LPC 1, doc. 170 (22), pág. 336.
- ¹⁹ LPC 1, doc. 174, pág. 352
- ²⁰ LPC 1, doc. 179, pág. 364.
- ²¹ LPC 1, doc. 172, pág. 345.
- ²² OM 1, págs. 79 y 81. Allí figura el nombre de "Lachièze".
- ²³ LPC 1, doc. 183, pág. 373.
- ²⁴ Habrá que matizar esa opinión sobre Salvandy. Véase RLF, págs. 179-180 y LPC 2, págs. 464-465
- ²⁵ Sal 126, 1.
- ²⁶ LPC 1, doc. 183, pág. 373.
- ²⁷ Primero lo hace por escrito (RLF, págs. 170 y 173).
- ²⁸ Corresponde esa sugerencia al prefecto de Ródano (1200 habitantes), pues la mayoría de los maestros rehusaban ir a los municipios pequeños (RLF, página 173).
- ²⁹ Efectivamente, la mayor parte de las escuelas del Instituto se hallaban en municipios con más de 1800 habitantes.
- ³⁰ El ministro Salvandy mandó preparar un proyecto para municipios de 1000 habitantes (RLF, pág. 213).
- ³¹ El Hermano Anacleto, Superior General de los H.E.C., termina su carta al Padre Champagnat con estas palabras: "Hago sinceros votos por el éxito de su obra tan útil a los pequeños municipios" (AA, pág. 252 y RLF, pág. 181). El Padre Champagnat pensaba sobre todo en los "municipios rurales pobres y mal atendidos". Las dos primeras escuelas, las de Lavalla y Marlies, se hallaban en localidades que superaban los 2000 habitantes.
- ³² En su carta a Mons. Pompallier, de 17 de mayo de 1838, el P. Champagnat habla de 38 o 39 escuelas y de 70 solicitudes de fundación (LPC 1, doc. 194, página 392).
- ³³ El prefecto del Ródano no tenía demasiados motivos para reconocer la utilidad pública de un Instituto que por entonces sólo dirigía cuatro escuelas en su departamento.
- ³⁴ LPC 1, doc. 197, pág. 400, líneas 18-28: con ligeros retoques del Hermano Juan Bautista.
- ³⁵ En efecto, esta ley (ley Falloux, de 15 de marzo de 1850), que pretendía ser favorable a la educación religiosa, resultó para las congregaciones no autorizadas mucho más nociva que la ley Guizot, sobre todo a la hora de formar comunidades bajo la dependencia de un superior religioso (CSG II, pág. 432).
- ³⁶ Se trata de dos estancias en París en el año 1838: de enero a fines de abril, y de mayo a finales de junio.
- ³⁷ Carta al hermano Antonio, de 24 de marzo de 1838 (LPC 1, doc. 183, pág. 373, líneas 39-44), con el texto ligeramente modificado.
- ³⁸ Carta al Hermano Francisco (LPC 1, doc. 182, pág. 370, líneas 15-18), con el texto modificado.
- ³⁹ El párroco señor Desgenettes que en 1836 tuvo la inspiración de consagrar su parroquia al Inmaculado Corazón de María, y fundar luego la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, de la que los hermanos Maristas son miembros desde el 28 de octubre de 1839.
- ⁴⁰ Cfr. LPC 1, doc. 196, línea 45, pág. 398. La oración de san Francisco de Sales relacionada con Nuestra Señora de la Buena Esperanza se rezó en el Hermitage durante más de un siglo en la visita al Santísimo Sacramento que precedía al almuerzo. El P. Champagnat la rezaba con un fervor que se hacía contagioso (MEM, pág. 97).
- ⁴¹ El P. Champagnat había recibido una solicitud para que se encargara de los sordomudos de Saint-Étienne, pero la ciudad se decidió por los Hermanos de las Escuelas Cristianas (LPC 1, doc. 321, pág. 588). El Hermano Marie-Jubin

lo acompañó a París en el viaje de enero de 1838, pág. 374). El P. Champagnat mantuvo correspondencia, además, con el barón de Gérando que en 1824 había publicado una obra sobre sordomudos (LPC 2, págs. 249-251).

⁴² Carta al hermano Francisco (LPC 1, doc. 176, pág. 357 y doc. 196, pág. 398) y al Hermano Antonio (LPC 1, doc. 183, pág. 374).

⁴³ LPC 2, pág. 200.

⁴⁴ Se trataba de una subprefectura situada a 700 kilómetros del Hermitage. El P. Champagnat, a raíz de la solicitud del ministro (LPC 1, doc. 195, página 395), viajó al lugar (LPC 1, doc. 197, pág. 400). El Hermano Juan Bautista, primer director de esa fundación, consiguió un éxito brillante (cfr. el diario *L'Ami de la Religion*, n.º 103, pág. 377).

⁴⁵ Más exactamente por el señor Delebecque, jefe del gabinete de Salvandy, diputado por el Pas de Calais, de donde procedía (LPC, doc. 221, pág. 436, y LPC 2, págs. 169-170).

⁴⁶ Esta ciudad contaba con unos 3 800 habitantes (LPC 2, pág. 615).

⁴⁷ "La escuela se abrió el 14 de noviembre de 1838 (LPC 1, doc. 221 y 222) Al fin del mismo año escolar, con motivo de la entrega de premios, se organizó un solemne acto académico . Los niños ofrecieron una exhibición de ejercicios diversos sobre materias de la enseñanza primaria: gramática, geometría, sistema métrico, geografía, esfera y dibujo lineal. Lo hicieron con tal facilidad y aplomo que dejaron asombrado al numeroso auditorio" (Periódico *L'Ami de la Religion*, n.º 103, pág. 377). Véase también LPC 1, doc. 221, pág. 436. El Padre Champagnat sale hacia Saint-Pol el 24 de junio de 1838. Aprovechará la oportunidad para peregrinar a Amettes, lugar del nacimiento de san Benito José Labre. Este detalle nos lo ofrecerá mucho más tarde el Hermano Luis María en su circular del 15 de diciembre de 1862.

⁴⁸ Actualmente, Izieux, el más contiguo al Hermitage.

⁴⁹ En 1833, Mons. de Pins había nombrado al señor Cholleton como responsable de la Sociedad de María para la diócesis de Lyon, con gran satisfacción del Padre Colin (OME, doc. 115(3), pág. 239). En 1840, el señor Cholleton rechazó la canonjía que le ofreció Mons. de Bonald e ingresó en el noviciado de los Padres Maristas (LPC 2, pág. 135).

⁵⁰ "Todas las diócesis entran en nuestras perspectivas" (LPC 1, doc. 93, página 210 y doc. 112, pág. 238).

⁵¹ Después de ser elegido Director General, y a pesar de haber recaído sobre él toda la responsabilidad de la rama de los Hermanos, el H. Francisco seguirá acudiendo al Padre Cholleton para someterle sus proyectos y solicitar su parecer (CSG I, págs. 338-340). En 1840 vemos también cómo el Padre Cholleton preside la clausura del retiro y recibe la profesión de los Hermanos (*Chronologie* de 1976, pág. 90, citando AFM, AA, manuscrito, pág.231).

⁵² El Hermano Avit ofrece una relación más completa de dicha elección (AA, págs. 285-292).

⁵³ De hecho, en el Capítulo General de 1860, el Hermano Francisco presentará su dimisión por razones de salud.

⁵⁴ La elección del Hermano Francisco le confiere el título de Director General, como manifiesta el Hermano Avit (AA, pág. 286). Y el Hermano Francisco firma así: el Director General, H. Francisco. Con motivo de la 3.ª sesión del Capítulo de 1854, al haber renunciado el Padre Colin a su título de Superior General de la rama de los Hermanos, se decidió que en lo sucesivo el "Jefe del Instituto llevaría el título de Reverendo Hermano Superior General" (AA, AFM, manuscrito, pág. 270).